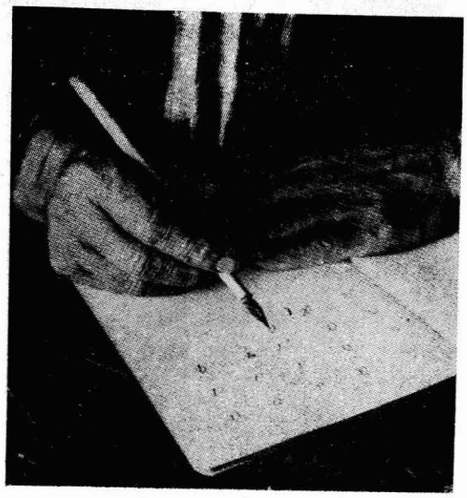
FENOMENOLOGIA de la DERECHA

Por Leopoldo ZEA

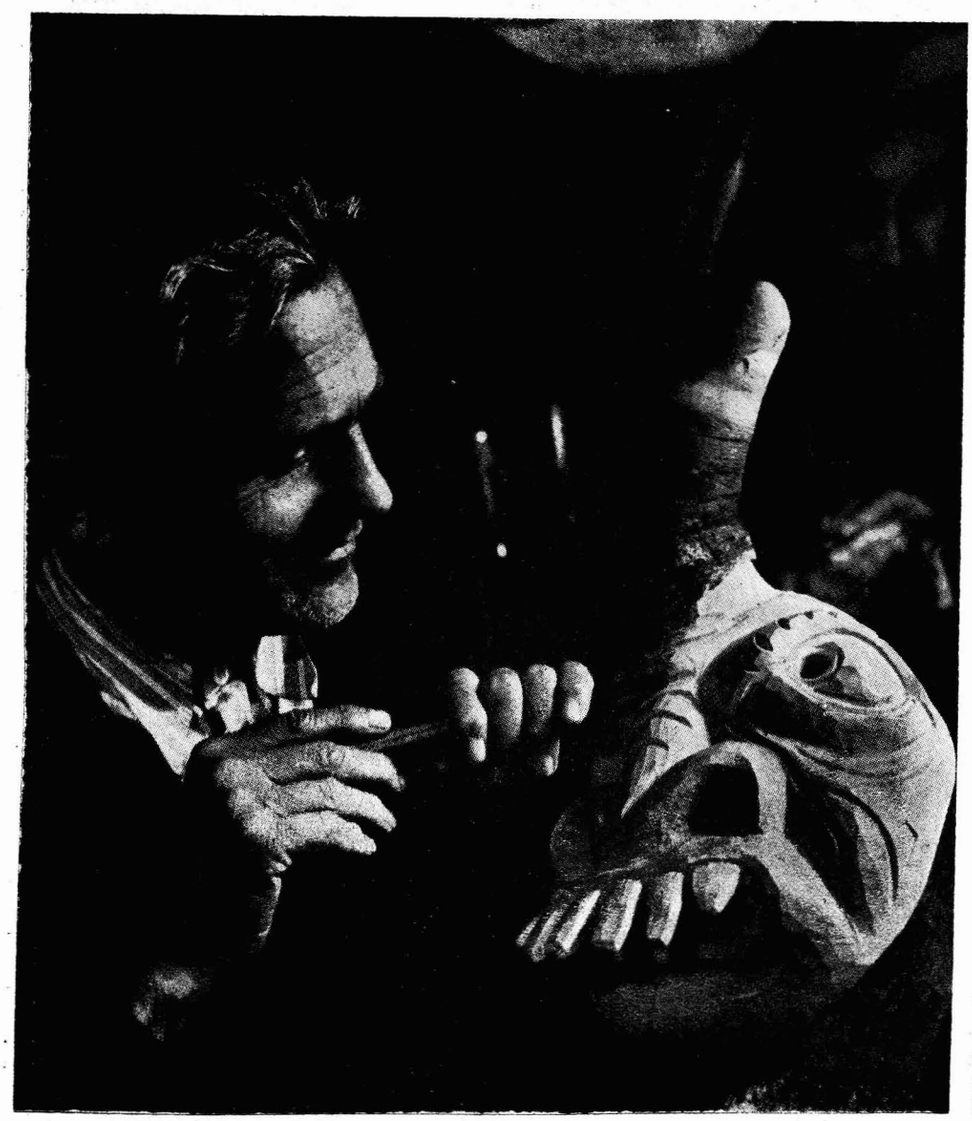
I

DESDE que el hombre ha cobrado conciencia de la historia se ha encontrado con un mundo dividido en lo que ahora llamamos derecha e izquierda, independientemente de los nombres que esta derecha y esta izquierda hayan venido tomando en diversas épocas y en diversos pueblos. De todos esos nombres, los que mejor indican el sentido que tiene la división son los ahora adoptados de derechas e izquierda. Siempre se habla de derecha en contraposición con la izquierda y viceversa. El mundo de los hombres parece tener dos caras que, siendo antagónicas, pugnan por convertirse en únicas. Hablar de una de ellas, será hablar de la otra por lo que hemos llamado su contraposición. Por ello, al hablar de la derecha, necesariamente tendremos que referirnos a la izquierda, puesto que aquélla afirma algo que encuentra su contrapartida en ésta.

La palabra derecha lleva ya implícitos varios sentidos, como son el de habilidad y preferencia. La mano derecha es siempre —salvo la excepción de los zurdos— la mano hábil. Estar a la derecha es estar en un lugar de privilegio. La mano es diestra; se está a la diestra. De la derecha se dice también la diestra. Y diestra, a su vez, implica destreza, habilidad, capacidad para algo. Capacidad o habilidad que se puede alcanzar por adiestramiento. La escuela adiestra, prepara, para el logro de unas determinadas habilidades. A su vez, el que está a la diestra, es un privilegiado; y es un privilegiado por una serie de habilidades, capacidades, que le permiten alcanzar el privilegio. Se puede decir que el diestro suele estar siempre a la diestra. El mejor está siempre en el menor lugar. En el lugar que le corresponde, por así decirlo, en su derecho. Es derecho del diestro estar a la diestra o derecha en un orden de privilegios.



—La gran familia del hombre
"habilidad y preferencia"



—Photo-Magaain
"algo más que la simple expresión de un grupo de privilegiados"

Los derechos tienen así algo que ver con este espíritu de derecha o destreza. Son los privilegiados, los que están en mejor situación, los que establecen derechos, sus derechos frente a los que no están en su situación por no poseer su destreza. Los derechos son las defensas de esas situaciones. Los hombres, pueblos o clases en situación privilegiada son los que establecen los derechos, cuya vigencia alcanza a esos hombres, pueblos o clases. Así, la derecha, la destreza y los derechos se van implicando en un sentido de preferencia, de rectitud, de derechura. Hay caminos rectos y caminos sinuosos. Caminos que van a una determinada meta y caminos que se apartan de ella. Caminos rectos, derechos, por donde van o marchan los diestros, los que aspiran a un lugar en la diestra, que es la meta de este camino. Caminos que, junto con el lugar a la diestra, ofrecen también los derechos que los garantizan. Por ello el hombre que tiene la destreza para seguir el camino que le ha de situar a la diestra, es también considerado un hombre recto, derecho. Esto es, un hombre derecho y, por ende, con derechos. Los hombres rectos y con derechos son los que se mantienen dentro de un determinado orden y lo sostienen. De su capacidad o destreza para sostener este orden dependerá su lugar y, con él, sus derechos. Porque sólo se puede hablar de habilidad o destreza para algo, cuando se ha convertido este algo en meta de esa destreza; como también sólo se puede hablar de un lugar a la diestra cuando se tiene, igualmente, establecido el orden donde se ha de estar a la diestra. Es dentro de un determinado orden donde se valora la destreza, el lugar que corresponde a esa destreza. Igualmente, es dentro de un determinado orden donde son válidos determinados derechos. Y del apartarse o alejarse de este orden, será, también, el estar en el camino errado.

Frente a esto se encuentra la izquierda. La mano izquierda —salvo en el caso de los zurdos, que por excepcional es una alteración de lo recto o co-recto— es la mano menos hábil, menos diestra, si así puede decirse. Es una mano que sólo puede ayudar; la iniciativa corresponde siempre a la derecha que es la diestra. Respecto al orden de colocación, estar a la izquierda es estar fuera de lugar privilegiado, puesto que el privilegiado es el de la diestra o derecha. El que no está a la diestra está a la siniestra. Aquí la palabra siniestra lleva implicaciones que son las opuestas a la diestra. Lo siniestro se deriva de esa izquierda o siniestra. Es, no sólo lo opuesto de la derecha en un sentido puramente local, sino también lo que aspira a destruirlo. Siniestro es lo amenazante, lo que puede destruir o cambiar el orden que debería ser permanente. Lo siniestro es lo que amenaza los derechos de los diestros, de los considerados

como mejores. En el orden establecido por la derecha, la izquierda o siniestra está siempre amenazando con destruirlo. La izquierda, no acepta, como la derecha, el lugar que le ha correspondido en virtud de lo que se considera su inhabilidad o falta de destreza para los fines establecidos. Lo que en la derecha es visto como inhabilidad, como falta de destreza, es visto por la izquierda como otra forma de habilidad, como otra forma de destreza. La izquierda tiene sus valores y sus fines que no son los de la derecha. Se adiestra y se prepara en ellos para establecerlos. Y es esta preparación, este adiestramiento fuera del orden, el que es visto como siniestro para el mismo. La derecha queriendo mantener su situación es, así, estática. Su destreza consiste en mantener este estatismo, este orden. La izquierda es dinámica, aspira a cambiar, a transformar el orden con el cual se ha encontrado, un orden que no ha hecho, un orden que no considera como suyo. La izquierda no acepta su situación ni acepta la justificación que a sus privilegios da la derecha. La izquierda exige derechos que no son los establecidos por la derecha. La izquierda, es, en fin, la mantenedora del establecimiento de un nuevo orden, de una nueva destreza, de un nuevo derecho. Es lo otro, lo diverso, lo siniestro para lo considerado como diestro. Una inversión de valores.

II

Por ello han sido vistos como siniestros todos los cambios de orden. Siniestro fue el cristianismo frente al viejo orden greco-latino. Siniestra fue también la Modernidad frente a los valores de la Cristiandad. Siniestros son también ahora todos los esfuerzos que se realizan para transformar esa Modernidad que dio origen a la Burguesía, el Capitalismo y el Imperialismo. Personajes siniestros en la historia lo han sido Cristo, Lutero y Lenin. Todos ellos, creadores de nuevos órdenes, han sido vistos, por los defensores de los órdenes que les antecedían, como siniestros enemigos del Orden. La derecha, desde la situación en que es diestra, condena la nueva destreza como expresión de lo siniestro. Siniestra es toda aspiración a un orden que no sea el establecido. Siniestro es también lo que está fuera de este orden en cuanto aspira a suplantarlo.

Sin embargo, en un orden donde hay una derecha, necesariamente tiene que haber siniestros. Privilegiados sólo existen donde hay también los que carecen de privilegios. Esto es, lo uno contiene a lo otro, aunque sus extremos se hallen en las antípodas. La rebelión, la revuelta contra un orden, es consecuencia de este mismo. Todo orden lleva dentro de sus entrañas la semilla de su transformación, de su dejar de ser determinado orden, para ser otro distinto. Tal es lo que ha visto la lógica dialéctica, en oposición a la lógica formal. Por ello la primera ha venido a ser la lógica propia de la izquierda, la lógica siniestra; mientras la segunda lo ha sido o lo es de la derecha. En la dialéctica no hay ni derecha ni izquierda, sólo momentos diversos de una permanente transformación social. La izquierda de hoy es la derecha de mañana, que engendrará, a su vez, otra izquierda. Derecha e izquierda no son sino momentos de la marcha de la naturaleza o de la humanidad. En la lógica formal esto no es posible. *A* sólo puede ser *A*, como *B* sólo podrá ser *B*, sin posibilidad de la asunción de la una a la otra. Si *A* es positiva, *B* tendrá que ser negativa. No cabe aquí sino la permanencia o aniquilación de lo positivo; la positividad nunca podrá ser alcanzada por lo negativo. Jamás *B* podrá ser *A*; jamás *A* podrá contenerse en *B*.

"de su capacidad y destreza"

Por ello, las fuerzas que combaten a la derecha serán vistas como fuerzas completamente ajenas a ella. No se verán como productos de su propia actividad, como contrapartidas de su propia situación y privilegios. No; la izquierda, en cuanto es activa y no se conforma con su situación, es vista como lo extraño, lo ajeno, lo que está fuera. Fuera del orden establecido por la Cultura Greco-Romana no hay sino bárbaros que se asemejan a las bestias, así se trata de pueblos diestros en múltiples artes. Fuera del orden representado por la Cristiandad no habrá sino infieles o paganos a los que hay que someter, para evitarles las penas del infierno o la caída en la eterna nada. Fuera de lo que los pueblos modernos han llamado civilización, no habrá sino el primitivismo al que es menester redimir sometiéndolo. De esta manera justificarán griegos o romanos la esclavitud establecida sobre las espaldas de otros pueblos; la Cristiandad, el rígido orden medieval y sus esfuerzos de expansión sobre pueblos no cristianos, incluyendo aquí a los americanos; el Mundo Occidental el sometimiento político, económico y cultural de que fueron y son objeto los pueblos no occidentales.

III

De esta forma la derecha, o sean los grupos privilegiados, dividirán el mundo en dos partes irreconciliables: el bien y el mal. La única conciliación posible será la que descanse en el sometimiento de la parte no privilegiada y en su aceptación del lugar que le ha tocado en el orden establecido. De no ser así, todo lo que la parte no privilegiada haga por cambiar su situación, será visto como acción encaminada a transformar, a destruir, a cambiar el orden establecido. Y así es. Sólo que este orden no es visto como lo que es, como un orden entre tantos, sino como el ORDEN por excelencia. Los encargados de sostenerlo serán incapaces de concebir otro tipo de orden que no sea ese del que son parte privilegiada. Su lucha, la que entablan frente a los que tratan de alterarlo, es la lucha por el Orden sin más, no por su orden. Todo lo que no sea este su orden, será la anarquía, el desorden absoluto, el acabóse de la humanidad. El bien de la humanidad se juega en esta lucha a favor del orden. Fuera de él parece que sólo habrá el fin de los tiempos.

Fuera del orden propio de estos grupos privilegiados no existe otra cosa que el Mal. Ellos representan el Bien por excelencia. Fuera están los conspiradores del mal, los siniestros enemigos de la bondad, cuya única meta es establecer la maldad en el mundo. No se acepta que los otros, los desposeídos, los situados en escalas de inferioridad dentro del orden establecido, tengan sus propios valores positivos, su escala valorativa. Para la derecha no hay más escala valorativa que aquella que la justifica como derecha. Sus valores son los Valores por excelencia, y valen independientemente de que otros hombres o pueblos acepten o no su validez. ¡Peor para estos hombres o pueblos si no reconocen la validez de los valores establecidos!

Por ello, la derecha nunca aparece luchando por lo que en realidad luchan, por la ampliación y mantenimiento de sus intereses y privilegios. No; su lucha es siempre lucha por el logro de los más altos fines de la humanidad; por la realización y defensa de sus más altos valores. En nombre de la Humanidad y para la Humanidad se esclaviza a hombres concretos. Para salvar las almas en Dios, se destruyen los cuerpos de los que se apartan del único orden posible. En nombre de la civilización se invaden pueblos y se somete a sus hombres. Los esclavizados, destruídos y sometidos, lejos de protestar contra esta esclavitud, destrucción y sometimiento, deberán mostrarse agradecidos, porque en esta forma han escapado a la barbarie, perdición o primitivismo. En nombre de la Humanidad y para la Humanidad una gran parte de la humanidad concreta es sometida a otra, que se presenta, no como su explotadora que es, sino como su defensora, como la encargada de cultivarla, salvarla o civilizarla, incorporándola en su orden, el Orden, de acuerdo con el lugar que ha de corresponderle, el de sometida. Todo dentro de esa lógica que no acepta oposiciones, contradicciones, que no sean otra cosa que la negación misma de la lógica.

Por ello, frente a esta lógica de derecha, está esa lógica propia de la izquierda de que ya hemos hablado: la lógica dialéctica, que relativiza el Orden, la cultura, la religión y la civilización, y hace de la Humanidad algo más que la simple expresión de un grupo de privilegiados. Es esta lógica, en sus diversas expresiones, la que hace patentes los ocultos y concretos fines de los grupos que se presentan a sí mismos como mantenedores de los valores aparentemente más abstractos. Por ello, frente a un orden determinado de interés, es válida la oposición de otro que aspire a satisfacer los intereses de los grupos que no han sido satis-

fechos. Bien o Mal no son sino relaciones propias de la situación de los individuos que valoran.

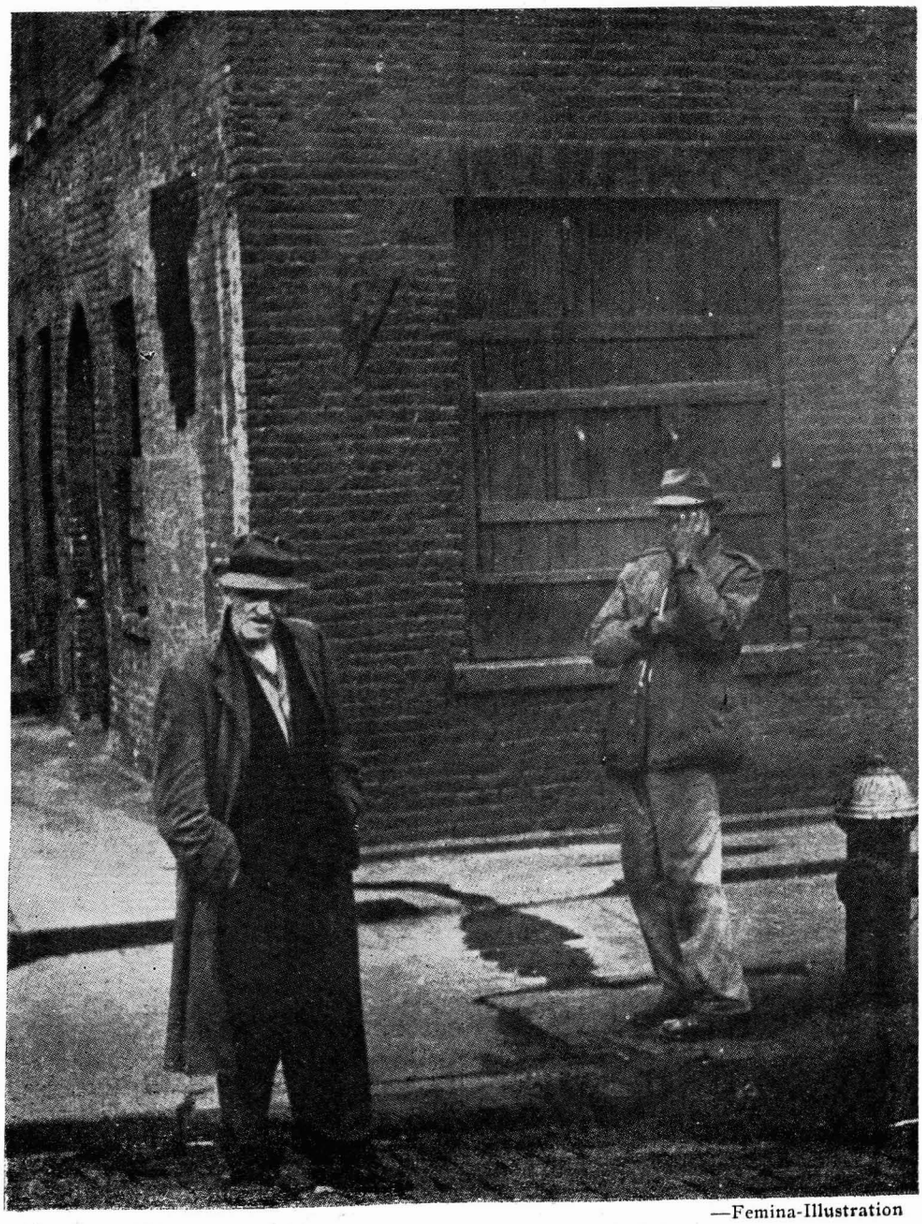
IV

En nuestros días una nueva bandera, como símbolo de un conjunto de valores, es enarbolada, al parecer, nuevamente, en nombre de todos los pueblos. Esta es la bandera de la libertad y la democracia. Nuevamente, un grupo de hombres habla en nombre de la libertad y la democracia, para justificar intereses muy concretos. En nombre de la libertad y la democracia de todos los pueblos se mantienen rígidas censuras y se acallan protestas de quienes, en nombre de las mismas, exigen que se les reconozca a sus respectivos grupos o pueblos. Vemos cómo en nombre de la libertad y la democracia se mantienen ligas con gobiernos que son opuestos a esa libertad y que han llegado al poder por otras vías que no son las democracias. Y es que no se acepta otra interpretación de la libertad y la democracia que no sea la establecida por los pueblos o grupos que se dicen sus mantenedores.

Ahora, como ayer, en nombre de otros valores, se quiere mantener, en nombre de la libertad y la democracia, la subordinación de pueblos y hombres que no coinciden con la idea de orden que es propia de los mantenedores de las mismas. Cualquier expresión de la libertad o la democracia de otros pueblos, que entre en pugna con la de los pueblos que se consideran sus usufructuarios, en vista como expresión de la anti-libertad y la anti-democracia. Los pueblos o individuos que, en nombre de la libertad, tratan de limitar la libertad de hombres o pueblos que se consideran con libertad para decidir destinos que les son ajenos, son vistos como pueblos e individuos totalitarios. Los pueblos que reclaman para sí el mismo respeto a su soberanía que otros pueblos más fuertes exigen para la suya, son vistos como pueblos al borde de todas las negociaciones. Toda resistencia a la libre intervención de otros pueblos en los destino de otro más débil, es vista como oposición a los valores libertarios, como oposición a la libertad misma. Querer decidir los propios destinos, sin intervención extraña, es visto como resistencia a aceptar los sistemas democráticos y liberales. La negativa a aceptar un gobierno que no tenga como fundamento la voluntad del pueblo, es vista, por los interesados en el mantenimiento de un gobierno que garantice sus extraños intereses, como expresión anti-democrática. Querer limitar la libre intromisión de otros pueblos es querer, según estos pueblos, poner obstáculos a la Libertad. Desde luego, a la de ellos. Y basta esto para que se considere a este pueblo o grupo de hombres, como ajeno a toda libertad, fuera de todo derecho. Este pueblo, o grupo de hombres, acusado, en virtud de esta resistencia a una libertad que limita la suya, de totalitario, será objeto de las represiones más totalitarias que pueden imaginarse.

Sin embargo, estas represiones totalitarias no serán vistas por sus autores como tales, sino como expresión de la más pura libertad y democracia del mundo. Son formas, al parecer necesarias, que toman la libertad y la democracia para imponerse a sus opositores. Guerras preventivas, cuartelazos, violencias y persecuciones son vistos como medios necesarios para extender el ámbito de la libertad y la democracia sobre pueblos y hombres que ignoran esos valores, o bien para defenderse de sus ataques, aun cuando lo hagan en nombre de esos mismos valores. La dualidad bueno-malo sigue funcionando y justificando moralmente la acción de los representantes de lo bueno frente a lo malo: el bien combatiendo al mal. Los buenos eliminando de la tierra a los malos. Y estos últimos vienen a ser todos los que no aceptan la noción que sobre la bondad, lo bueno, tienen los que se llaman a sí mismos, los buenos. Todo lo que no coincide con lo que una determinada nación entiende por libertad y democracia, en relación con los intereses de la misma, es señalado como expresión de todas las maldades. Ellos y sólo ellos, se preocupan por la felicidad del mundo; los otros no, los otros sólo aspiran a su destrucción.

Si se habla, por ejemplo, de paz, la nación que se dice representante de todos los bienes de la Humanidad, no aceptará más expresión de la paz que aquella que más beneficie a sus intereses; porque considera que estos intereses son los intereses de toda la Humanidad. La nación que se le opone, por el contrario, al hablar de paz, de una paz que no es la sostenida por los representantes del bienestar universal, está hablando de guerra. Porque ¿qué otra cosa puede ser esa idea de la paz que no reconoce los privilegios de la nación que es su defensora? Toda idea de paz que no beneficie a la Humanidad concretizada en una sola nación, o un solo grupo de hombres privilegiados, no puede ser sino engaño, maquinación siniestra de los enemigos de la paz. Presentan a más de una mitad de la humanidad real y concreta maquinando la destrucción de la Humanidad. Esa parte de la humanidad real y concreta al exigir la paz universal, la libertad de los pueblos que aún se encuentran subordinados y el respeto a su soberanía —las mismas exigencias que esa otra parte de la humanidad exige para sí—, parece que no hace otra cosa que buscar la destrucción de la Humanidad. Todo lo que altere los privilegios de una parte de la humanidad que se ha erigido en símbolos de toda la Humanidad, es visto, por ello, como contrario a ella. La Humanidad queda reducida a unos cuantos millones de hombres que, entre otras características, tienen una determinada pigmentación de la piel. Fuera de esta expresión de la Humanidad, concreta y determinada, no hay sino subhombres, seres biológica y moralmente inferiores,



—Femina-Illustration

"la miseria de las clases no privilegiadas"

Lo moral será entonces el sometimiento o destrucción de estos entes que amenazan a la Humanidad. Esa vieja relación derecha — izquierda, queda así nuevamente establecida con todas sus implicaciones.

V

De esta manera la derecha hace de sus intereses concretos, los intereses, no sólo de cualquier grupo social, sino de la Humanidad misma. Defendiéndolos, no parece defenderse a sí misma, sino defender los intereses totales de lo humano. Ella, ya lo hemos dicho antes, encarna la Humanidad, la Sociedad, la Cultura, la Divinidad, la Civilización y todos los valores posibles. Fuera está lo que se opone a su realización o mantenimiento. En un aspecto más limitado, la derecha encarna también valores como Patria, Nación etc. En nombre de la Patria o de la Nación pide sacrificios a las clases que le están subordinadas. Se habla, por ejemplo, del enriquecimiento y prosperidad del grupo o clase de que es expresión. Se habla de la prosperidad de la nación por el hecho de que los miembros de esta derecha han alcanzado su propia prosperidad. Frente a esta prosperidad no cuenta la miseria de otras clases. Todo lo contrario; cuando se reconoce la existencia de tal miseria se la presenta como la retribución justa de esa prosperidad que se llama nacional.

La miseria de las clases no privilegiadas es la moneda con que se paga la prosperidad de la clase privilegiada, que, con su prosperidad, representa la prosperidad de la nación. Para que esta prosperidad pueda ser un hecho, se considera necesario un reparto de tareas, en el cual a un grupo le corresponde la de crear la riqueza con sus sacrificios y al otro exponerla gozando sus beneficios. Y es a esta exposición, exhibición de la riqueza de unos en contraste con la riqueza de otros, a la que se llama prosperidad nacional, en forma semejante a lo que se llama prosperidad mundial, cuando en la misma se hace referencia a la prosperidad de una determinada nación con independencia de la miseria de otras, considerada como signo del progreso y triunfo de la civilización sobre la barbarie.

Y a la inversa, toda crítica a esa prosperidad parcial es considerada como un atentado a los fines de la nación, la patria o la civilización. La exigencia de un reparto más equitativo de sacrificios, si no ya de riquezas, es anatematizado y presentado como expresión de siniestras fuerzas que se oponen al progreso de la nación. Se puede hablar, por ejemplo, de que antes del reparto de toda prosperidad o riqueza es menester crear la prosperidad y riqueza. Entendiéndose por esto la formación de poderosos representantes de esa riqueza y prosperidad de los hombres que han de crear la riqueza nacional, creando la suya, de los hombres que han de hacer la prosperidad de la patria, buscando su propia y limitada prosperidad. Por ello se considera necesaria la aparición de estos hombres, independientemente de que la misma represente el sacrificio de los que no tienen sus habilidades para el enriquecimiento y su capacidad para el logro de su propia prosperidad, sin miramiento para la de los otros. En el futuro, en un futuro muy lejano, esa riqueza y prosperidad podrá ser repartida entre todos los miembros de la comunidad, como premio a sus sacrificios. Claro que este premio se aleja de su realización lo más posible, pues nunca habrá suficiente riqueza, nunca se alcanzará suficiente prosperidad, como para repartirla. En este sentido, la idea de progreso que va implicada en esa riqueza y prosperidad es infinita.

VI

De estas diversas maneras, la derecha va justificando sus prerrogativas, sus privilegios, mostrando la necesidad de su permanencia. Una permanencia para la cual no le basta el reconocimiento propio, sino que exige el reconocimiento de los otros grupos o clases que no poseen sus prerrogativas y privilegios. Su gran preocupación es sentirse justificada, indispensable. De aquí ese su afán por crear símbolos de lo que considera eterno, permanente; aferrándose a cada uno de ellos como si esa eternidad y permanencia dependiera de su propia, concreta y limitata existencia. Con lo cual quedan destruídos sus símbolos, sus ídolos; pues no hace otra cosa al ligarlos a su existencia. Pretende, en vano, ligar su limitada existencia a lo ilimitado y esencial. Pretende ser lo terminado, lo hecho, lo que ya no puede ser de otra manera; pues esa otra manera significaría su dejar de ser lo que es. Pero a pesar suyo, a pesar de todas estas sus pretensiones, en sus propias entrañas va creando los elementos que la destruyen y muestran lo efímero y limitado de su existencia, una y otra vez, en una cadena dialéctica que no tiene fin; esa cadena que es la historia de la humanidad. Humanidad siempre escindida, dividida, pugnando por alcanzar prerrogativas y privilegios que tengan el carácter de lo eterno.

Frente a estas pretensiones de universalidad y eternidad de la derecha estará siempre su otra cara, su inevitable complemento, el fruto de sus esfuerzos por ser la única y limitada usufructuaria de prerrogativas y privilegios: la izquierda. La siniestra negadora de los mismos. La que pone a prueba una y otra vez la validez universal y eterna de sus pretensiones. El elemento creador que transforma y reforma lo que se pretende ya eterno y permanente. El tentador, incitador, de una humanidad cuyos fines trascienden siempre los limitados fines de su parte que se ha erigido en símbolo total de ella misma. En esta humanidad la que, una y otra vez, va cobrando conciencia de su propia existencia, frente a las pretensiones siempre limitadas de una parte de ella. Conciencia de los límites de esos privilegios y prerrogativas; límites que la misma humanidad va marcando en la medida en que se extralimitan los individuos, grupos o naciones que los alcanzan.

EL GRAN TEATRO DEL MUNDO

Por Margit FRENK ALATORRE

(*Primera parte*)

El Teatro Español de México ha presentado en el antiguo convento de Acolman *El gran teatro del mundo* de Calderón de la Barca. Y esa obra cuya perfección conocíamos de manera "abstracta" sobre la plana y descolorida página del libro se nos ha convertido en portentosa realidad por la mano artista de Alvaro Custodio y la apasionada entrega de los actores. Sin perder su carácter ideal, los personajes simbólicos se han hecho concreción de carne, movimiento, voz, y la perfilada geometría de los versos ha cuajado en resplandeciente y sonora arquitectura. Este Gran teatro del mundo, primera y definitiva encarnación de una metáfora secular, ha sabido mantenerse milagrosamente vivo a fuerza de poesía.

"donde se introducen reyes"

El tema era, en efecto, muy antiguo. Tan antiguo, por lo menos, como la misma cultura occidental. Porque el hombre debió sentir una y otra vez su insignificancia ante el gran universo, entregado al arbitrio de fuerzas incomprensibles, ya benignas, ya crueles, pero siempre omnipotentes. Y en su mente surgió esa comparación: el hombre no es sino un títere, movido fatalmente por una mano distante y caprichosa. Fue Platón el primero que dio expresión a esa angustiosa conciencia: el hombre "es un juguete animado que los dioses fabricaron, ya sea por divertirse, ya porque les haya movido un propósito serio"; y la vida es "tragedia y comedia".

"Estas profundas ideas, que en Platón tienen todavía el esmalte de la primera creación, contienen en germen la idea de que el mundo es como un teatro en que cada hombre, movido por Dios, desempeña su papel." Son palabras de Ernst Robert Curtius, en las reveladoras páginas que a las "metáforas del teatro" dedicó en su *Literatura europea y Edad Media latina*. En los siglos subsiguientes "la comparación del hombre con un actor se convierte en lugar común". Lugar común, tópico obligatorio de la retórica, en muchos casos, y en otros, ¿quién lo duda?, auténtica y profunda experiencia personal, la idea reaparece en distintas épocas y con distinto signo. A veces será especulación del hombre solitario, a veces arma en mano de profetas y moralistas; aquí invitará a la austeridad, allá al juego, más allá a las buenas obras.

Luciano de Samosata es el filósofo escéptico que contempla el mundo desde muy arriba; como su Nigrino, gusta de